

EL DÍA nuestra América

por Daniel WAKSMAN SCHINCA

"PHOENIX II": VIENTO EN POPA

El secuestro del ex senador argentino Hipólito Solari Irigoyen (uno de los principales y más prestigiosos dirigentes del ala más avanzada de la Unión Cívica Radical, el partido de Ricardo Balbín), parece demostrar que el llamado "Plan Phoenix II", o también "Plan Phoenix latinoamericano" sigue siendo llevado a la práctica con fría imperturbabilidad.

El "Plan Phoenix" (o "Fénix", en español) fue, en su versión original, un vasto programa de exterminio físico de dirigentes y cuadros políticos vietnamitas, concebido en la década pasada por los especialistas de la CIA y aplicado fundamentalmente por las fuerzas represivas (oficiales y para-oficiales) del régimen de Saigón, bajo control y orientación de expertos norteamericanos. En el marco de ese "programa", fueron asesinados varios miles de líderes y militantes de las diversas fuerzas hostiles a la política de los Estados Unidos en Indochina. La aventura norteamericana en esa región terminó por fin con el fracaso conocido, pero el proceso de reconstrucción nacional vietnamita sufre hoy de modo cruel la ausencia de esos millares de hombres que integraban su "élite" política y técnica.

Diversos analistas vienen señalando desde hace tiempo que en América Latina se está llevando a la práctica un nuevo "Plan Fénix", cuyas modalidades son desde luego distintas del original pero que persigue básicamente los mismos objetivos: la eliminación física de un importante número de dirigentes (de nivel superior y medio) y militantes de los sectores izquierdistas y nacionalistas que se oponen o presumiblemente se opondrán al esquema fascista que Washington promueve en el continente.

La Argentina fue y es —bajo el régimen anterior y bajo el actual— escenario privilegiado de la aplicación de este programa. Mimetizado en el marco general de violencia que vive ese país, donde la "lucha antiterrorista" sirve de pantalla para todo, el "Plan Fénix" se desarrolla allí a toda máquina. En Buenos Aires, en efecto, fueron asesinados con toda impunidad varios personajes políticos que desempeñaban o estaban llamados a desempeñar a plazo más o menos breve un papel protagónico en la política de sus respectivos países. Es el caso del general chileno Carlos Pratts, del general y ex presidente boliviano Juan José Torres, de los ex parlamentarios uruguayos Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz (el ex candidato presidencial Wilson Ferreira Aldunate escapó a duras penas de la misma suerte), y de varios cientos de chilenos, uruguayos, bolivianos o paraguayos menos conocidos, que también fueron secuestrados, asesinados o reenviados a sus países de origen.

Tanto en el caso de los extranjeros como de los propios argentinos, los ejecutores del "Plan Fénix latinoamericano" parecen concentrar sus energías sobre sectores relativamente moderados, a menudo nacionalistas, a veces definitivamente no marxistas, más bien que sobre la izquierda revolucionaria y los grupos embarcados en la lucha de guerrillas. Contra éstos se ejerce más bien una acción represiva institucional, que procura su legitimación alegando el objetivo de "restablecer la paz y el orden". Pero paralelamente, a través de la acción de los grupos paramilitares y paramilitares, se golpea a personas y sectores políticos de los que nadie podría sostener que tratan de perturbar la paz. En realidad, en la etapa actual, ciertas figuras políticas catalogables como de centro o de izquierda moderada resultan más peligrosas —por su potencial capacidad de aglutinación popular— que los dirigentes de la izquierda tradicional. El caso de Pratts, o el de Ferreira Aldunate, son bien típicos. El secuestro de Solari Irigoyen parece inscribirse en la misma línea.

La violencia de ultraderecha que se ha decantado en el Cono Sur latinoamericano no es, como algunos creen, ciega. Todo lo contrario: está "científicamente" planeada y se aplica con minuciosidad y orden. Su objetivo: "limpiar totalmente el terreno", eliminando no sólo a los luchadores revolucionarios (guerrilleros o no) sino también a

no a sectores moderados, liberales y con preocupación nacionalista. La orquestación de este vasto plan no estaría a cargo de la CIA (aunque ésta, desde luego, no ha desaparecido del terreno), sino más bien del Pentágono, que en la actual situación de América Latina se encuentra en una posición ideal para operar como centro orientador y coordinador del "programa". A diferencia de la CIA, que está considerablemente "quemada" en esta y otras partes del mundo, el Pentágono es una "institución respetable". Cuenta, además, con una importantísima ventaja: los miles de oficiales latinoamericanos que fueron preparados y entrenados durante años por las Fuerzas Armadas norteamericanas y que están "imprregnados de su espíritu". Ahora, esos hombres ejercen el poder en buena parte de América Latina. Y ésta, en consecuencia, se "pentagoniza". A pesar de las resistencias (o por lo menos las reticencias) de algunos sectores castrenses no totalmente convencidos de la necesidad de aplicar planes como el "Fénix", los "pentagonistas" siguen adelante. Por ahora, al menos, cuentan con viento a su favor.

LOS MARINOS SE REUNEN

El lunes pasado comenzó en Río de Janeiro la VIII Conferencia Naval Interamericana, en la que participan los comandantes de las marinas de guerra de una decena de países de América Latina, más delegados de Estados Unidos y Canadá (como observadores). Estas reuniones, que se celebran cada dos años, se iniciaron en 1950 en Panamá, cuando se proyectaba la "Operación Neptuno" (el antecedente de las actuales "Unitas"). La iniciativa de institucionalizar y regularizar estas reuniones partió, como es de imaginar, de los Estados Unidos. Objetivo proclamado: "Estrechar vínculos, obtener un adiestramiento conjunto y fortalecer la solidaridad americana". Según las fuentes oficiales, "los temas tratados son eminentemente técnicos y de índole profesional", subrayándose que "por una norma no escrita pero observada, se omiten los temas políticos".

Esto último no resulta verosímil, y menos en este momento, cuando las marinas de guerra de varios países latinoamericanos se encuentran precisamente en una fase de marcada expansión política (o de desarrollo de aspiraciones en ese sentido). En la fachada atlántica del continente, por ejemplo, se están incubando en los últimos meses proyectos de vasto alcance, en el cual las armadas de países como Brasil y Argentina desempeñarían —junto a la de Sudáfrica— un papel de enorme importancia. Se trata de la llamada "OTAN del Atlántico Austral", nombre que quizás resulte excesivo pero que ilustra sobre la naturaleza del proyecto. Muchos altos jefes navales de los dos grandes países atlánticos de América del Sur están entusiasmados con esta idea, que les permitiría justificar grandes planes de modernización y adquisición de equipos y, sobre todo, ganar peso político con relación al Ejército de tierra, que es siempre el "hermano mayor" de las Fuerzas Armadas. Otro país en el cual la Marina ha logrado últimamente importantes avances es Perú, donde fue esta arma la que impuso hace poco más de un mes el relevo del primer ministro Fernández Maldonado y el retiro o desplazamiento de una serie de militares del ala más progresistas de las Fuerzas Armadas. La armada peruana sería ahora, según muchos observadores, un centro de decisiones políticas de primerísima importancia. Otro dato a tener en cuenta: tanto en Chile como en Argentina, la Marina tiene a su cargo el manejo de la política exterior. En una América Latina gobernada mayoritariamente por los militares, el desarrollo de estos fenómenos, con todas sus anécdotas y matices, debe ser atendido cada vez con mayor atención por quienes quieran seguir de cerca el proceso político del continente.

Por lo demás, los países latinoamericanos que participan en esta Conferencia Naval son: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela. Faltan varios, como puede verse, y al mismo tiempo hay dos que no tienen litoral: Bolivia y Paraguay. También participan en la reunión, con carácter de "observadores", representantes de la U.S. Navy, de la marina canadiense, y de la Junta Interamericana de Defensa (JID).